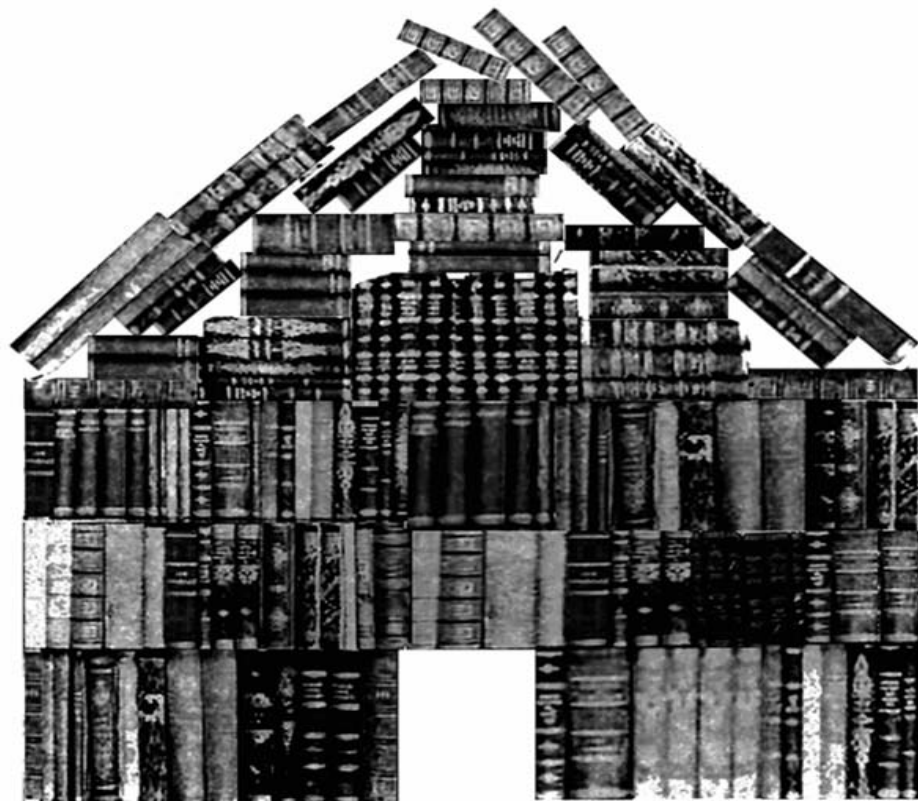


Sasha Abramsky cuenta en ‘La casa de los veinte mil libros’ la adicción de su abuelo a la letra impresa recreando, a la vez, las voces de un mundo perdido que destacó por su inteligencia

Paredes con palabras



Memorias

POR LUIS M. ALONSO

■ Sasha Abramsky es periodista y profesor en la Universidad de California en Davis, colaborador de *The Guardian* y otras publicaciones, autor de varios títulos de éxito entre los cuales figura una de las más aclamadas biografías sobre Barack Obama (*Inside Obama's Brain*). Pero el más importante de ellos, también el más emotivo, es el que ha devuelto su pasado a la vida, dedicado a su abuelo, Chimen, un

adicto a la letra impresa que reunió en su casa en los alrededores de Hampstead Heath veinte mil libros y a muchos destacados intelectuales de su tiempo, Harold Shukman, Eric Hobsbawn e Isaiah Berlin, por citar tres ejemplos.

En el hogar de Hillway Street, Chimen Abramsky, profesor de Estudios Judíos en el University College de Londres, y su esposa Miriam, fueron los anfitriones de incansables charlas de la inteligencia británica de izquierdas y comidas perfumadas por las ideas. El nieto las ha reconstruido en un libro delicioso que acaba de publicar Periférica y que incluye cuatro gran-

des trazos producto de la curiosidad, la memoria y la indagación: sobre la familia, la política, el ámbito judío y la literatura. “Cuando entrabas en la casa, te recibía un torrente de aromas que competían entre sí: el olor de los patos asándose, el burbujeo de la grasa al ir calentándose el horno; el maravilloso aroma de la sopa de pollo, tan saturada de sal que parecía el Mar Muerto; bizcochos de chocolate horneándose; un compacto pan de centeno cortado en rebanadas; y el áspero olor de los arenque en salmuera en sus botes de cristal”. Eso y, naturalmente, los libros sobre las mesas, las sillas, en las estanterías, en cualquier esquina. Papeles manuscritos, la colección de filosofía política de Everyman Classics, de Aristóteles a Marx, y los *Ensayos históricos* de Macaulay. Paredes de palabras que, como escribe Abramsky, proporcionaban protección contra la locura del mundo exterior o, al menos, mapas de carreteras para circular por el caos. Al final de su larga vida –murió en 2010 a los 94 años– Chimen había logrado que cada habitación de la casa, excepto el baño y la cocina, estuviese cubierta del suelo al techo con estantes de libros en doble fila, y sólo unos pocos huecos en los que colgaban cuadros y fotografías. En el suelo de la sala de estar y en el comedor se amontonaban pilas inestables con más volúmenes que resultaba imposible clasificar. Se convirtió en la biblioteca privada más grande Inglaterra.

Ateo, hijo de un famoso rabino, Chimen Abramsky nació en 1916 cerca de Minsk, pasó sus primeros años de adolescencia en Moscú mientras su padre estaba internado en un campo de trabajo siberiano por ejercer proselitismo religioso. Más tarde, cuando concluyó la condena y la familia recibió la autorización para abandonar el país, emigró a Londres, donde descubrió los escritos de Karl Marx y se involucró en la política de izquierdas. Asistió brevemente a la Universidad Hebrea de reciente creación en Jerusalén, hasta

que la Segunda Guerra Mundial le hizo interrumpir sus estudios. De regreso en Inglaterra, se casó, y durante muchos años él y Miriam, su esposa, se ocuparon de una respetada librería judía del East End londinense. Cuando los nazis invadieron Rusia, en junio de 1941, Chimen se unió al Partido Comunista, convirtiéndose en una figura destacada dentro de él. Fue miembro hasta 1958, cuando, por fin, reconoció las atrocidades cometidas por Stalin. Entonces tuvo que reinventarse a sí mismo como pensador liberal, humanista, profesor y experto en manuscritos de la casa de subastas Sotheby.

En *La casa de los veinte mil libros*, de Sasha Abramsky, se deja oír el eco de las voces que llevaron al nieto a escribir sobre los abuelos y el mundo perdido que les rodeaba. Recrea de modo exhaustivo el ambiente intelectual construido alrededor de los libros antiguos, el pensamiento, la ortodoxia basada en la yeshiva, el hasidismo místico, la Ilustración judía conocida como la Haskalah, los juegos de ajedrez, los dominós rusos, los alimentos de Europa del Este, el té caliente, la familia y las largas noches alimentado el espíritu y promoviendo el debate político. Un hermoso libro sobre la cultura, muy bien escrito y magníficamente documentado. Como cuenta su autor, le ayudó a entender cómo la historia no está hecha sólo de recuerdos sino también de documentos y cómo en ella tienen su papel tanto los grandes personajes y pensadores como las personas que han permanecido en el anonimato.



SASHA ABRAMSKY

La casa de los veinte mil libros

► Traducción de Ángeles de los Santos PERIFÉRICA, 366 PÁGINAS, 22 €

Adiós a Zoltán Kocsis

En recuerdo a uno de los grandes pianistas húngaros

Música

POR COSME MARINA

■ El pasado día 6 falleció a los sesenta y cuatro años uno de los músicos húngaros de mayor prestigio internacional, Zoltán Kocsis. Un artista en plenitud de su carrera a la que venía realizando sustanciales aportaciones y a la que aún le quedaba mucho recorrido por delante. Reconocido en todo el mundo como uno de los mejores pianistas de su generación también había conseguido un hueco como director de orquesta de notable solvencia al frente de las principales formaciones de su país y de otras agrupaciones internacionales.

Ganador del Premio Franz Liszt con veintiún años, su fama internacional llegaría con rapidez, consiguiendo tres años antes el premio Beethoven, lo que impulsó su primer concierto en Estados Unidos y el inicio de sus giras en los circuitos de mayor exigencia. Su carrera pianística se desarrolló en la cumbre desde el primer momento tocando con orquestas como las

filarmónicas de Berlín, Nueva York, Viena o las sinfónicas de Chicago, San Francisco, Philharmonia de Londres y tantas otras a lo largo del tiempo. Dotado de una técnica pianística versátil, de gran profundidad interpretativa, brilló en el gran repertorio romántico, y en sus muy peculiares acercamientos a autores como Mozart. Pero sin duda, su gran y sustancial aportación quedará en su trabajo sobre el repertorio de su país natal y, especialmente, en las obras de Béla Bartók, autor del que grabó la obra completa para piano solista y piano con orquesta y del que realizó interesantes transcripciones. También dejó su impronta en otros autores como Claude Debussy. Su faceta como director de orquesta –y también como compositor– le permitió enriquecer su visión musical. De hecho, fundó junto a Ivan Fischer la Orquesta del Festival de Budapest –una de las mejores agrupaciones sinfónicas europeas– y, desde hace varios años, era titular de la Filarmónica Nacional de Hungría.

Kocsis, que siguió la estela de la escuela de piano húngara, dotada con excelentes pedagogos y una tradición sostenida en el tiempo, ofreció tres conciertos en las Jornadas de Piano Luis G. Iberní de Oviedo. Su debut tuvo lugar en 1997, ofreciendo un recital en el Teatro Campamor donde en-



Zoltán Kocsis, en su faceta de director de orquesta. EFE

tonces se celebraban las Jornadas, con obras de Schubert y Debussy, en un concierto inolvidable. Regresó en 2002 con Mozart como protagonista, precisamente con la Budapest Mozart Orchestra y en 2006 volvió con la Filarmónica Nacional de Hungría, dirigiendo y tocando el “Concierto número cuatro para piano y orquesta” de Beethoven. Había planes para contar con él en próximas temporadas porque siempre le gustaba recordar lo cómodo que se encontraba haciendo música en Ovie-

do, ciudad que él consideraba importante para el mundo del piano en sus giras europeas. Iván Fischer lo ha definido como “un gigante de la música”. Indudablemente es uno de los grandes que se va en la cumbre de su carrera y, como sucede cada vez de forma más alarmante, los grandes medios apenas han reseñado una ausencia tan significativa. Kocsis nos deja su magisterio, el privilegio de haber escuchado su trabajo en vivo, y las grabaciones que nos permitirán disfrutar de su talento para siempre.